

que no debía hacerse nada sin deliberacion y antes de un detenido exámen; por esto fué que varios sabios obispos tomaron la palabra para refutar con vigor aquellas impías novedades, apoyándose en los Libros santos y en los escritos de los primeros Padres; mas ninguno lo hizo con tanta fuerza y tan brillante éxito como el jóven diácono Atanasio, que no tardarémós en dar á conocer.

Despues de largas discusiones, el Concilio adoptó, para expresar la unidad indivisible de la naturaleza divina, la palabra *consustancial*, con la cual declaró que Jesucristo Señor nuestro es verdadero Hijo de Dios, igual en un todo á su Padre y verdadero Dios como el Padre y el Espíritu Santo; aquella palabra, que no dejaba salida alguna á la herejía, fué despues el terror de los arrianos. El presidente del Concilio leyó acto continuo la solemne profesion de fe, conocida con el nombre de Símbolo de *Nicea*, redactada por Hermógenes, el cual fué despues obispo de Cesárea en Capadocia, y concebida en estos términos: «Creemos en un solo Dios todopoderoso, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor, que es Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, es decir, sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al Padre, por el cual han sido criadas todas las cosas del cielo y de la tierra; quien, por nosotros hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos, se encarnó é hizo hombre, padeció, resucitó el tercer dia y subió á los cielos, desde donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.»

Todos los obispos, excepto dos que eran arrianos, firmaron este Símbolo y pronunciaron anatema contra Arrio y sus sectarios; y en virtud de esta decision que el poder secular apoyó, pero que no solicitó, el Emperador condenó á Arrio á destierro y sus escritos á las llamas. Antes de separarse, los obispos dirigieron á todas las iglesias del mundo una epístola sinodal informándolas de lo que por ellos habia sido *propuesto, examinado, resuelto y establecido* rela-

«sus concilios?» dice con este motivo san Vicente de Lerins. Ha querido que lo que era simplemente creído, fuese profesado mas exactamente; que lo que era predicado sin mucha atencion fuese enseñado con cuidado; que se explicase mas distintamente lo que se trataba antes en globo; tal ha sido siempre su designio; de modo que por los decretos de los Concilios no ha hecho mas que reducir á escritura lo que se habia recibido de los antiguos por tradicion. (*Commonit. c. 23*).

tivamente á la impiedad de Arrio, y al mismo tiempo remitieron copia de las actas del Concilio al papa san Silvestre, el cual las aprobó y confirmó con su autoridad apostólica.

El fin del concilio coincidió con el dia aniversario de la elevacion de Constantino al trono, y para celebrar tan feliz acontecimiento, no menos que el satisfactorio resultado de la asamblea, celebróse una magnífica fiesta; el Emperador quiso recibir á los obispos en su palacio y en su mesa, y todos fueron introducidos con grandes honores, y entre dos filas de soldados, en aquel palacio, tan temido antes, desde donde salieron tantos y tan sangrientos edictos contra los cristianos; los obispos, que apenas podian dar fe á sus propios ojos, entraron en los aposentos mas secretos, y se pusieron á la mesa, unos con el Emperador, y otros separadamente en lechos preparados para ellos, creyendo todos ver una imágen del reino de Jesucristo. Despues del festin, el Emperador saludó á cada uno en particular, hizoles ricos presentes, y concluyó encomendándose á sus oraciones.

Tal fué el resultado de aquella célebre asamblea, cuya memoria ha sido siempre venerada por la Iglesia: san Agustin, en particular, la llama el concilio del universo, cuyos decretos pueden equipararse á los mandatos celestiales.

El Arrianismo, aunque postrado por la decision de Nicea, no habia sido destruido: despues de tres años de destierro, Arrio halló medio de ser llamado á Alejandría; y su primer cuidado fué presentar al Emperador una profesion de fe compuesta con tanto arte, que era muy difícil descubrir en ella el error, envuelto como estaba entre la verdad.

El heresiarca entró triunfante en Alejandría; mas san Atanasio, sucesor de san Alejandro, no quiso recibirle en su comunión, é instruido Constantino de los desórdenes que causaba en aquella ciudad la presencia de Arrio, le llamó á Constantinopla, y preguntóle si seguia la fe de Nicea; Arrio lo juró, con lo que engañado Constantino, rogó al obispo de Constantinopla que le recibiese en la comunión de los fieles, ruego que quedó sin efecto por un acontecimiento que, haciendo triunfar á los católicos, dió al mundo entero una evidente prueba de que los enemigos de Jesucristo, heresiarcas ó perseguidores, deben contribuir todos á su gloria y al afianzamiento de su reino.

Habiase señalado un domingo para la rehabilitacion del impío,

á fin de hacerla mas solemne; el sábado por la tarde, el impaciente orgullo de los herejes les impulsó á pasear triunfalmente á Arrio por toda la ciudad, y él mismo, envanecido con tanta ostentacion, se permitió algunos discursos muy insolentes: la multitud que le seguía era inmensa y aumentaba á cada momento; mas al aproximarse á la plaza *Constantina*, y al ver en el fondo de ella el templo en que debía ser rehabilitado, el heresiarca palideció de repente, segun todos observaron, y experimentó un súbito terror, sintiéndose al mismo tiempo acometido de una necesidad natural; para satisfacerla entró en uno de aquellos sitios públicos, multiplicados en la nueva Roma con tanta magnificencia como los demás edificios, y allí mismo espiró entre los mas crueles dolores, saliéndole parte de las entrañas mezcladas con abundante sangre. Esto sucedió en el año 336 de Jesucristo; digno fin de un impío, muy semejante durante su vida al pérfido Judas, para que no se le asemejase en las circunstancias de su muerte; tan terrible desenlace, que fué mirado como milagroso, infundió tanto desaliento á los arrianos, como esperanza á los fieles ortodoxos.

Arrio habia muerto, pero su herejía no le habia seguido á la tumba; tímida en un principio, y como aturdida por el golpe que acababa de herir á su jefe, no tardó en envalentonarse, no conociendo en breve límites sus orgullosas pretensiones. Conmovida la Iglesia, experimentaba pérdidas enormes; mas el Dios que ha dicho que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, no perdía de vista sus necesidades; para sostenerla en el interior inspiró al grande Atanasio, y para darle exteriormente tantos hijos como apóstatas contaba, á san Frumencio y á sus compañeros.

San Atanasio, columna de la Iglesia y azote del Arrianismo, nació en Alejandria, de cuya ciudad fué obispo despues del Concilio de Nicea; Dios, que le destinó para combatir la mas terrible de las herejías, armada á la vez con todas las sutilezas de la dialéctica y con el poder de los emperadores, puso en él todos los dones de la naturaleza y de la gracia que podían ayudarle en su alta y difícil misión. Apenas fué elevado á la sede de Alejandria, cuando los arrianos, furiosos por haber sido confundidos por el santo Patriarca en el concilio de Nicea, le acusaron ante el Emperador de haber impuesto al pueblo una especie de tributo so pretexto de atender á las necesidades de su iglesia, y de haber enviado un cofre lleno de

oro á unos conspiradores. Llamado Atanasio por el Emperador, no tardó en ser reconocida su inocencia; mas como su triunfo aumentase mas todavía el furor de los arrianos, no cesaron éstos en sus intrigas, y tan bien las urdieron, que alcanzaron contra el Patriarca una sentencia de destierro.

Partió en efecto Atanasio, y retiróse á Tréveris, en casa de san Maximino, obispo de aquella ciudad; mas en el concilio de Sárdica fué públicamente reconocida la inocencia de Atanasio, volviendo triunfante á su sede. El resto de la vida del santo pastor fué una serie de continuas persecuciones por parte de los arrianos contra aquel grande hombre, en quien parecia personificada la fe católica, y de paciencia, de heroismo y de virtudes por parte de Atanasio. La herejía halló siempre en él una alma inflexible y superior á todas las consideraciones humanas; semejante á una roca, nada podia ablandarle en favor de la mentira y de la injusticia, heroica firmeza que no le impedía abrigar tan profunda humildad, que nadie, como él, llevó tan léjos jamás aquella virtud; dulce y afable, hasta los niños tenian fácil acceso cerca de su persona; á una bondad inalterable unia una tierna compasion hácia los desgraciados; era ferviente y asiduo en la oracion, austero en los ayunos, infatigable en las santas vigiliás, condescendiente con sus inferiores, é intrépido cuando debia oponerse á las persecuciones de los grandes<sup>1</sup>. Atanasio terminó su vida á una edad muy avanzada, para ir á reunirse con sus padres, con los Patriarcas, con los Profetas, con los Apóstoles y con los Mártires á ejemplo de los cuales habia valerosamente combatido por la verdad<sup>2</sup>.

Atanasio fué el oráculo de la Iglesia entera y de todos los siglos cristianos, los que le han dado el primer lugar entre los doctores y héroes de la fe<sup>3</sup>; las obras que nos ha legado son tan preciosas, que un monje de la antigüedad tenia por costumbre decir: «Cuan-do encontréis algo de las obras de san Atanasio, si no teneis papel, «escribidlo en vuestros vestidos<sup>4</sup>.» Atanasio murió tranquilamente en los brazos de su pueblo el dia 2 de mayo del año 353, despues

<sup>1</sup> S. Greg. Naz. orat. XXI, pag. 378.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Vera Ecclesie columna. (S. Greg. Naz. orat. XXI, pag. 378).

<sup>4</sup> Prat. Spir. c. 40.

de cuarenta y seis años al menos de episcopado, pasados en una continua agitacion <sup>1</sup>.

Mientras Dios sostenia á su Iglesia en el interior por el ministerio de Atanasio, la propagaba exteriormente, reparando de este modo las pérdidas que á causa de la herejía experimentaba; en niño miraculoso crecía en la sombra, y debia, en un momento dado, llevar la sagrada antorcha á las regiones extranjeras. El hecho sucedió del modo siguiente: Un filósofo, llamado Metrodoro, hizo diferentes viajes para satisfacer su curiosidad, penetrando hasta la Persia y las Grandes Indias, nombre bajo el cual era la Etiopia conocida por los antiguos, y á su regreso presentó al emperador Constantino diamantes y piedras preciosas de inestimable valor. El buen éxito de la expedición de Metrodoro impulsó á Meropo, filósofo de Tiro, á emprender igual viaje con el mismo objeto, llevando consigo á Frumencio y á Edero, sus sobrinos, de cuya educacion se habia encargado; terminado su viaje, embarcóse para volver á su patria; mas habiéndose el buque que le conducia junto con sus sobrinos visto obligado á detenerse en un puerto para hacer provisiones, fué saqueado por los bárbaros que habitaban la costa, y asesinados todos sus tripulantes. Edero y Frumencio, cobijados por un árbol á cierta distancia, estudiaban y preparaban sus lecciones, cuando fueron hallados por los bárbaros, los cuales conmovidos por su inocencia, su candor y su hermosura, les condujeron á la presencia de su rey, que residia en Azuma, que no es en el dia otra cosa que una aldea de la Abisinia <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Las principales obras de san Atanasio son:

1.º La *Exposicion de la fe*, que es una explicacion de los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion contra los arrianos;

2.º La *Apología del Santo*, dedicada al emperador Constancio; es una de las mas ingeniosas y elocuentes obras de san Atanasio;

3.º *Cuatro discursos contra los arrianos*; en ellos se encuentra una fuerza y una solidez de razonamiento que aniquila la herejía;

4.º La *Vida de san Antonio*. El símbolo que lleva su nombre no es suyo, á lo que parece, y le ha sido atribuido únicamente porque se compone de sus ideas y encierra una explicacion del misterio de la Trinidad y de la Encarnacion sobre los cuales san Atanasio escribió tan bien, y por cuya defensa mostró tanto celo.

La mejor edicion de sus obras es la del P. Montfaucon, 3 vol. en fól. París, 1698.

<sup>2</sup> Véase á Ludolfo, *Hist. Æthiop.*

El príncipe, que reconoció talento y felices disposiciones en ambos niños, tomó un particular cuidado en su educacion, y algunos años despues nombró su copero á Edero, y tesorero y secretario de Estado á Frumencio; éste, que tenia grande influencia en los negocios, y que deseaba hacer conocer el Evangelio á los etíopes, invitó á muchos mercaderes cristianos que se encontraban accidentalmente en el país á establecerse en él, mientras que él mismo marchó á Alejandria á fin de rogar á san Atanasio que enviase á un obispo á aquellas regiones para terminar la conversion de un pueblo muy bien dispuesto ya. San Atanasio reunió un sínodo, y todos los obispos que lo componian resolvieron que nadie como Frumencio tenia tanta aptitud para consumir la obra que habia empezado, y en su consecuencia fué consagrado obispo de los etíopes. Revestido del carácter episcopal, Frumencio volvió de nuevo á Axuma, donde sus predicaciones y milagros obraron no pocas conversiones, no habiendo quizás en todo el orbe nacion alguna que abrazase el Cristianismo con mas ardor y decision. El santo Obispo continuó instruyendo y edificando á su rebaño hasta su último momento <sup>1</sup>.

Mientras que Frumencio añadía una nacion á los dominios de Jesucristo, un misionero de otro género convertía á un pueblo bárbaro, pues en las manos de Dios todos los medios son buenos. El nuevo apóstol era una esclava cristiana, la que habiendo sido cautivada por los iberos, nacion inmediata al Ponto Euxino, atrajo su admiracion por la pureza de su vida, por su laboriosidad, su dulzura y su asiduidad en la oracion; admirados los bárbaros preguntaronle por qué observaba aquella conducta, á lo que contestó ella sencillamente que de aquel modo servía á Jesucristo su Dios.

Ahora bien, era costumbre en aquel país, que cuando un niño se hallaba enfermo, lo llevaba la madre de casa en casa informándose de si sabian algun remedio para su mal; una mujer que habia llevado inútilmente á su hijo por todas partes, se presentó á la cautiva, la cual le dijo que no sabia los remedios humanos, pero que Jesucristo su Dios podia devolver la salud á los enfermos mas desesperados; y tomando al niño, lo acostó sobre el cilicio que le servia á ella de cama, oró por él, y lo devolvió á su madre rebotando de salud. La fama de este milagro llegó á oídos de la reina, la que padecía agudísimos dolores, y la determinó á presentarse en la habitacion

<sup>1</sup> Fleury, lib. XI, c. 38.

de la esclava; ésta la hizo colocar sobre su cilicio, y despues de invocar al Señor, le dijo que se levantase, lo que verificó enteramente curada. Gozosa la reina, volvió á su palacio, participó al rey su esposo lo que le habia sucedido, y como quisiese éste ofrecer ricos presentes á la esclava, «la única recompensa que ella desea, dijo «la reina, es que adoremos á Jesucristo, el Dios á quien ha invocado y que me ha devuelto la salud.» El rey vaciló durante algún tiempo, mas hallándose un dia en inminente peligro, prometió hacerse cristiano; su voto fué escuchado y cumplido; la pobre esclava le explicó la Religion lo mejor que pudo, y pidió que se levantase una iglesia, cuya forma explicó. El rey reunió á su pueblo, refirióle lo que le aconteciera á él y á la reina, é instruyó á sus súbditos como le fué posible en las verdades de la fe, mientras que la reina instruía á las mujeres, y se construía una iglesia. Como la nacion entera deseaba ardentemente conocer á fondo la Religion, envióse, por consejo de la esclava, una embajada á Constantino, solicitando de él que enviase algunos obispos que terminasen la obra de Dios; el Emperador consistió en su peticion, y causóle mas placer aquella conversion que una gran conquista<sup>1</sup>. Tambien nosotros debemos alegrarnos, pues este hecho nos demuestra la bondad de nuestro Padre celestial, que desea la salvacion de todos los pueblos, el continuo afan con que Jesucristo vela por su Esposa, y la ternura con que enjuga sus lágrimas.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los admirables medios con que habeis conservado y propagado vuestra santa Religion: los Presbíteros, los Santos, las Órdenes religiosas, las misiones serán objeto de todo mi reconocimiento y de todo mi respeto.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré por la conversion de los herejes.*

<sup>1</sup> Fleury, lib. XI, c. 39.

LECCION XXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

La Iglesia defendida: san Hilario, obispo de Poitiers;—propagada: san Martin, obispo de Tours;—atacada: Juliano el Apóstata.—Juicio de Dios sobre este Príncipe.—La Iglesia defendida: san Gregorio Nazianceno, san Basilio el Grande.

Así como Elias al subir al cielo dejó su espíritu de profecía á su discípulo Eliseo, así el intrépido Atanasio, despues de distinguirse en tantos combates, desterrado cinco veces, y otras tantas llamado á su sede, legó su espíritu de valór y de fe á un obispo ilustre; á san Hilario de Poitiers, el cual hizo en Occidente lo que practicara en Oriente el invencible patriarca de Alejandria: el edificio de la Iglesia, atacado por los arrianos, descansó sobre esas dos fuertes columnas. Hé aquí la historia de este nuevo Atanasio.

San Hilario, que tuvo la dicha de preservar las Galias del contagio del Arrianismo, nació en Poitiers, de una familia distinguida en todos conceptos; educado en el Gentilismo, adquirió por grados el conocimiento de la verdadera Religion, y abrazóla con fervor: en el año 353 fué consagrado obispo de su ciudad natal, y desde aquel momento solo se consideró como el hombre de Dios: los pecadores, conmovidos por sus discursos, entraban en vivos sentimientos de compuncion y renunciaban á sus desórdenes. Sin embargo, no se entregaba de tal modo á sus funciones exteriores que despreciase su propia salvacion; tenia sus horas señaladas para la oracion, y en tan santo ejercicio reanimaba su fervor y obtenia las abundantes bendiciones que derramaba Dios sobre todos sus trabajos. Su pluma estuvo igualmente consagrada á la gloria de la Religion; y como pretendiese el emperador Constancio propagar el Arrianismo en Occidente, le presentó una apología que le valió una sentencia de destierro.

El Santo aprovechó el forzado reposo que se le imponia, para com-